

tro tonos cromáticos, el hijo de mi hermano por aquí, mi sobrino por allá..... Carlos no nos es nada, no tiene cruz ni malla, su padre ha quebrado, y cuando este señorito habrá llorado su pesar, se marchará de aquí, pues no quiero que revolucione mi casa.

-- ¿Qué es eso de quebrar? preguntó Eugenia.

-- ¡Quebrar! repuso el padre, es cometer la acción mas villana entre todas las que pueden deshonrar al hombre.

-- Debe ser un gran pecado, añadió á esto madama Grandet, y nuestro hermano estará condenado.....

— Dale! ya vuelves con tus escrúpulos y tus leantías, respondió él levantando las espaldas. Quebrar, hija mia, es un robo que desgraciadamente la ley toma bajo su proteccion. Algunos dieron sus propiedades á Guillermo Grandet, bajo su reputacion de honor y probidad, y despues él se lo ha robado todo y no les deja mas que los ojos para llorar. El ladron de un camino real es preferible á uno que quiebra: aquel ataca y se puede uno defender, de consiguiente arriesga su cabeza. Pero el otro..... En fin, Carlos está deshonorado.

Estas palabras resonaron en el noble corazon de la pobre niña y gravitaron sobre él con todo su peso. No conocia las máximas del mundo, ni sus razonamientos capciosos, ni sus engañosos

sofismas; era tierna, como lo es una flor nacida en el fondo de un bosque. Aceptó pues la atroz esplicacion que su padre la daba de la bancarrota sin hacerla conocer la distincion entre una quiebra involuntaria y una calculada.

-- ¿Y bien, padre mio, V. no ha podido impedir esta desgracia?

— Mi hermano no me ha consultado. Por otra parte, debe tres millones.

— Cuanto importa un millon, papá? preguntó ella con la sencillez de un niño, que cree alcanzar al momento lo que desea.

— ¡Tres millones! dijo Grandet, esto equivale á tres millones de piezas de veinte sueldos; y son menester cinco piezas de veinte sueldos para hacer cinco francos.

— Dios mio! Dios mio! exclamó Eugenia, ¿cómo habia podido mi tio alcanzar tres millones! ¿Hay algun otro tan rico en Francia que pueda tenerlos?

Grandet se acariciaba la barba, se sonreia, y su lobadillo parecia dilatarse.

— Mas ¿qué le va á suceder ahora á mi primo Carlos?

— Va á partir para las Indias, en donde, segun la voluntad de su padre, probará fortuna.

— Pero ya tiene dinero para ir allá?

— Yo le pagaré el viaje..... hasta Nantes. (20)

Eugenia saltó de un brinco al cuello de su padre.

— Ah! papá, mi buen papá, que bueno eres!

Y le abrazaba de manera que llegaba á avergonzarlo; pues su conciencia ya le acusaba un poco.

— ¿Es menester mucho tiempo para recojer un millon? continuó preguntando.

— Toma! dijo el tonelero. ¿sabes lo que es un luis? pues son menester cincuenta mil para hacer un millon.

— Mamá, nosotras harémos un novenario para él.

— Ya habia yo pensado en esto.

— ¡Bravo! ¡derramar dinero! Vaya ¿os habeis creido que esta casa está llena de oro?

En este momento un jemido sordo, mas lúgubre que los demás, sonó por los ámbitos de la sala y heló de terror á Eugenia y á su madre.

— Mariana, dijo M. Grandet, ve arriba, mira si se mata. — No hay peligro, continuó, volviéndose á su esposa y á su hija, á quienes su acento habia hecho palidecer, ¡qué bestias sois las dos! Yo os dejo por un rato. Voy á dar otra vez cuatro vueltas entre los holandeses, que marchan hoy; despues pasará á ver á Cruchot, y tratarémos con él de todo eso. Y marchó.

Así que hubo tirado la puerta, Eugenia y su madre respiraron á su sabor. Antes de aquella mañana, jamás la hija se habia visto comprimida en presencia de su padre; mas despues de al-

gunas horas, cambiaba á cada momento de sentimientos é ideas.

— Mamá, ¿cuantos luises dan por una pipa de vino?

— Tu padre vende las suyas, á ciento cincuenta y á dos cientos francos; algunas veces á tres cientos, segun he oido decir.

— Entónces cuando él recoje mil cuatrocientas pipas de vino.....

— A fé, hija mia, que no sé cuanto importan. Tu padre jamás me habla de sus cosas.

— Pues debe ser rico.

— Puede ser. M. Cruchot me dijo que habia comprado á Froidfond, hace dos años. Esto le habrá producido mucho.

Eugenia, sin comprender ya nada, quedóse sumergida en sus cálculos.

— ¡Ni siquiera me ha visto! dijo Mariana al volver. Está echado en su lecho, como un cordero y llora como una Magdalena. Qué sentimiento tiene, pobre jóven!

— Vamos pues á consolarle: pronto mamá, y si papá llama, bajarémos.

M. dama Grandet no supo oponerse á las irresistibles armonías de la voz de su hija. Eugenia era sublime, era mujer!

Ambas, palpitando el corazon, subieron al aposento de Carlos. La puerta estaba abierta. El

jóven no veía, ni sentía nada. Sumerjido en su dolor, prorrumpía en llantos descompasados.

— ¡Como ama á su padre! decía Eugenia en voz baja.

Es imposible comprender las esperanzas de un corazón apasionado á su placer, en el acento de tales palabras. Madama Grandet la dirigió una mirada maternal, y la dijo al oído en voz baja: — Cuidado, hija mía, sino le amarias!

— ¡Amarle! dijo ella. ¡Ah! si sabias lo que ha dicho papá!

Carlos volvió la espalda y encontró á su tía y á su prima.

— ¡He perdido á mi padre, á mi pobre padre! Si él me hubiese confiado el secreto de su desgracia, habríamos trabajado los dos hasta repararla! ¡Oh Dios mio! ¡mi buen padre! Yo creía volverle á ver tan pronto que le abracé friamente al partir.....

Los sollozos le cortaron la palabra.

Nosotras rogarémos á Dios por él, dijo madama Grandet. Resígnate á la voluntad del cielo.

— Sobrino mio, dijo Eugenia, tenga V. valor! la pérdida de V. es irreparable. Así, piense V. ahora en salvar su.....

Con este instinto, esa finura de la mujer, que en todo emplea su talento, aun cuando prodiga sus consuelos, Eugenia quería engañar el dolor de su primo, ocupándolo de sí mismo.

-- ¡Mi honor! exclamó el jóven, agarrando sus cabellos con un movimiento brusco, y sentándose luego en la cama, cruzados los brazos. -- ¡Es verdad! Mi padre, segun decía mi tío, ha quebrado! ¡ah! Y soltó un grito agudísimo cubriéndose el rostro con las manos.

-- Dejeme V., prima, dejeme! Dios mio, perdonad á mi padre! cuanto ha debido sufrir!

Habia algo de horrible en la espresion de aquel dolor juvenil, verdadero, sin cálculo y sin mirar al porvenir. Era un dolor púdico. Los sencillos corazones de Eugenia y su madre lo comprendieron bien: cuando Carlos hizo aquel jesto suplicando le dejáran abandonado á si mismo. Las dos mujeres bajaron en silencio, volvieron á ocupar sus puestos, y trabajaron durante una hora sin hablar palabra. Eugenia habia visto con una furtiva mirada que echó sobre el equipage del jóven, una de aquellas miradas de doncella que lo ve todo en un abrir y cerrar de ojos, las lindas bagatelas de su tocador, sus tijeras, sus navajas guarnecidas de oro; y esta ráfaga de lujo vista á través del dolor, le hizo á Carlos, por una especie de contraste, mas interesante. Jamás un acontecimiento tan grave, un espectáculo tan dramático habia herido la imaginación de aquellas criaturas metidas incesantemente entre la calma y la soledad.

-- Mamá, dijo Eugenia, ¡llevarémos luto por mi tío!

-- Tu padre decidirá de esto, respondió madama Grandet.

Y se quedaron de nuevo silenciosas. Eugenia tiraba los puntos con una regularidad de movimientos, que hubiera revelado á un buen observador los fecundos pensamientos de su meditacion. El primer deseo de aquella adorable jóven era partir el luto con su primo.

A eso de las cuatro un aldabazo brusco hizo temblar el corazon de madama Grandet.

-- Que tendrá tu padre? dijo á su hija.

El viñero entró muy alegre, se quitó sus guantes, restregó sus manos, cuya frotacion hubiera levantado su epidérmis á no estar curtido como el cuero de Rusia, salvo el olor de incienso, y se paseó como para hacer tiempo. Pero al fin se le escapó su secreto.

-- Mujer, dijo sin tartamudear, les he cojido. Nuestro vino ya está vendido! Los Holandeses y los Belgas marchaban esta mañana, me he paseado por la plaza delante de su posada, haciéndome el tonto, cuando aquel que tú conoces me ha venido á encontrar. Todos los propietarios guardan su cosecha y quieren esperar. Yo no se lo impido. Nuestro Belga estaba desesperado. Yo lo he visto; negocio concluido. Toma la cosecha á veinte escudos la pipa, dinero contante. Me ha pagado en oro. Los billetes ya están corrientes.

Toma seis luses para tí. Dentro de tres meses los vinos harán una baja considerable.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con una calma, tan profundamente irónica, que los negociantes de Saumur agrupados en aquel momento en la plaza, y espantados por la noticia de la venta que acababa de hacer M. Grandet, habrian rujido como leones, si las hubiesen oido. Un terror pánico habria bajado los vinos de un cincuenta por ciento.

-- Este año tiene V. mil pipas, papá!

-- Si, mona mía.

Esta palabra era la espresion superlativa de la alegría del viejo tonelero.

-- Esto hace cien mil piezas de veinte sueldos.

-- Si, hija mía.

-- Y bien, ahora podria V. socorrer á Carlos.

La sorpresa, la cólera, la estupefaccion de Baltasar, viendo á su *Mane Tekel Pharés*, no podría compararse á la fria indignacion de M. Grandet, que no acordándose ya de su sobrino, lo hallaba en el corazon y cálculos de su hija.

-- Hola! desde que este mirliflor ha puesto los pies en mi casa, todo va revuelto. Vosotras os dais prisa á comprar azúcar, á hacer bromas y festines. Yo no quiero estas cosas. A mi edad sé como debo conducirme, tal vez! Por otra parte no he de

recibir lecciones de mi hija, ni de nadie. Haré por mi sobrino lo que será conveniente hacer, y no hay que meteros en eso. En cuanto á tí, Eugenia, no me hables mas de tu primo, sinó te envío á la abadía de Noyers con Mariana á ver si estoy yo allí; y no pasará de mañana si te oigo chistar. ¿Donde está pues este muchacho? ¿que no ha bajado todavía?

— No, amigo mio, respondió madama Grandet.

— ¿Y bien, qué hace?

— Lloro á su padre, respondió Eugenia.

M. Grandet, se calló y miró á su hija. — Mi hermano era un poco padre!....

Despues de haber dado una ó dos vueltas por la sala, subió repentinamente á su gabinete, para meditar un emplazamiento en los fondos públicos. Los dos mil yugadas de bosque que habia mandado cortar le habian valido un millon y quinientos mil francos. Ahora añadía á aquella suma, á la de los álamos, á la de los vendidos el año anterior, y á los del año corriente, otra suma de cien mil escudos de la venta que acababa de hacer, de manera que podia reunir dos millones y cuatrocientos mil francos. La ambición del veinte por ciento que en poco tiempo podia ganar sobre las rentas que estaban á ochenta francos le atormentaba violentamente. El viejo cifró su especulación sobre el mismo periódico, que publicaba la muerte de su hermano, oyendo sin escuchar los jemidos de su sobrino.

En esto Mariana se puso á golpear en la pared para invitar á su amo á la comida que estaba preparada. Pero ya bajaba la escalera por debajo de la bóveda, y aun se decia á si mismo:

— Pues que tocaré mis intereses al ocho por ciento, concluiré este negocio. En dos años tengo cuatro millones que puedo retirar de Paris en buen oro. — ¡Y bien! ¿dónde está mi sobrino?

— Dice que no quiere comer, respondió Mariana. Esto no va bien.

— Mejor; otro tanto de economizado, replicó el avaro.

— En efecto.

— Bah! bah! no llorará siempre. El hambre saca al lobo fuera del bosque.

La comida fué estrañamente silenciosa.

— Mi buen amigo, dijo madama Grandet despues de haber quitado los manteles, será menester llevar luto de tu hermano.

— En verdad, señora Grandet, que no sabe V. que inventar para desparramar el dinero. El luto está en el corazon, y no en el vestido.

— Mas el luto de un hermano es indispensable, y la Iglesia nos manda que.....

— Bien, pues, compraos vosotras luto con los seis luises que os he dado; á mí me daréis una gasa y esto me bastará.

Eugenia levantó los ojos al cielo, sin articular

una palabra. Por la primera vez, en su vida, sus jenerosos sentimientos, aletargados y comprimidos; pero despertados subitamente, se habian ajado por momentos.

Aquella tarde, en apariencia se parecia á las otras mil que habia pasado de su monotonía ecsistencia; pero era sin duda alguna la mas horrible. Eugenia trabajó sin levantar la cabeza, sin servirse del cofrecillo que Carlos habia desdeñado el día anterior.

M. Grandet abismado en los cálculos cuyos resultados debian causar el día siguiente la admiracion de todo Saumur, estuvo dando vueltas con los pulgares uno sobre otro, durante cuatro horas.

Aquel día la familia no recibió visita alguna; toda la poblacion hablaba del esfuerzo de M. Grandet, de la quiebra de su hermano, y de la llegada de su sobrino.

Todos los propietarios de viñedos, mas ó ménos ricos de la poblacion, para obedecer á la necesidad de charlar sobre intereses comunes, se habian reunido en casa de Grassins donde se fulminaron terribles imprecaciones contra el astuto tonelero.

Mariana hilaba, y el ruido de su torno era el único que se oía en aquellas oscuras estancias.

—Que poco gastamos nuestras lenguas, dijo, mostrando sus dientes blancos y gruesos como almen dras peladas.

—Aqui no se debe gastar nada, respondió Grandet, despertando de sus meditaciones.

Se veía en perspectiva catorce millones en tres años, y vogaba sobre aquel vasto lago de oro.

—Vámonos á dormir. Yo iré á dar las buenas noches á mi sobrino por todos, y veré si quiere algo.

Madama Grandet se quedó en el primer rellano, para oír la conversacion que iba á tener lugar entre Carlos y su marido. Eugenia, mas atrevida subió dos escalones.

—Y bien, sobrino mio, estás apesadumbrado! Si, llora, es natural. Un padre es un padre. Pero es menester sufrir las desgracias con resignacion. Yo me ocupo de tí mientras que tú lloras. Soy un buen pariente, ya lo ves. Vamos, valor. ¿Quieres beberte un vasito de vino?

El vino no cuesta nada en Saumur. Allí se ofrece como en Indias una taza de té.

Por que, estás á obscuras? continuó dirijiéndose hácia la chimenea. Malo, malo, es menester ver claro cuanto se hace.—Toma! exclamó ¿de donde diablos habrán sacado esa vela? Esas *arrastradas* arrancarían el entablado de la casa para encender fuego á ese chico.

Al oír estas palabras la madre y la hija se entraron en sus cuartos, y se metieron en sus camas con la celeridad de los ratones espantados al entrar en sus madrigueras.

— Señora Grandet, tiene V. algun tesoro? dijo el avaro al entrar en el cuarto de su mujer.

— Amigo mio, respondió con voz alterada la pobre vieja, ahora estoy rezando á Dios mis oraciones, espérate un poco.

— El diablo se te lleve á tí y á tu Dios, replicó murmurando Grandet.

Los avaros no creen en una vida venidera; todo es presente para ellos. Esta reflexion despide una horrible claridad sobre la época actual, en la que mas que en ningun otro tiempo el oro domina las leyes, la política, y las costumbres. Instituciones, libros, hombres, y doctrinas, todo conspira á minar la creencia de una vida futura, sobre la cual está apoyado, hace diez y ocho siglos, el edificio social. Mas ahora el circulo de la vida es una transicion inadvertida. El porvenir que nos aguarda mas allá del *requiem* ha sido traspuesto al tiempo presente. Llegar por *fas* ó por *nefas* al paraíso terrestre del lujo y placeres vanidosos, petrificar el corazon y macerarse el cuerpo á vista de posesiones pasajeras, como se sufría en otro tiempo el martirio de la vida á vista de los bienes eternos, es el modo de pensar jeneral; pensar escrito por todas partes hasta en las leyes que le preguntan à uno: *Que pagas?* en vez de decirle: *Que piensas?*

Cuando esta doctrina habrá pasado de la clase media á la ínfima del pueblo, ¿qué será del mundo? — ¿Has acabado, mujer? dijo el viejo tonelero.

— Amigo mio, ahora ruego á Dios por ti.

— Muy bien! buenas noches. Mañana nos veremos.

La pobre mujer se durmió, como un estudiante que no habiendo aprendido su leccion, teme hallar al despertarse el rostro irritado de su maestro.

En el momento en que se cubria con las sábanas para no oír nada, Eugenia, lijerita, descalza, y en camisa, fue á darla un beso en la frente.

— ¡Oh mi buena madre! dijola, mañana *le* diré que he sido yo.

— No, hija mia, pues tu padre te enviaria á Noyers. Déjame hacer; que no ha de comerme á mí.

— ¿Oyes, mamá?

— ¿Que?

— Todavía llora.

— Vete á acostar, hija mia; tendrás frío en los pies; el suelo está húmedo.

Asi pasó aquel solemne dia que debia marcar época en la vida de la rica y pobre heredera, cuyo sueño no fué tan completo ni tan puro como lo habia sido siempre hasta entónces.

Acontecen con frecuencia ciertas cosas en la vida humana, que aunque verdaderas, parecen inverosímiles. Pero no provendrá eso del descuido de no deramar sobre nuestras determinaciones espontáneas una especie de luz psicológica, y de no explicar las razones misteriosamente concebidas que las han producido? Tal vez la profunda pasion de Eugenia de-

biera ser examinada en sus fibras mas delicadas, dirian algunos observadores, por que la considerarian como una verdadera afecion que influa en toda su existencia. Gentes hay que prefieren negar los desenlaces antes que medir la fuerza de los lazos, de los nudos, y ataduras que unen secretamente un hecho á otro en el órden moral.

Aqui pues el *pasado* de Eugenia servirá para los observadores de la naturaleza humana, de garantía á la sencillez de su irreflecion y á la sinceridad de las efusiones de su alma. Quanto su vida habia sido mas tranquila tanto mas viva se desplegó en su alma la piedad femenina, que es el mas ingenioso de los sentimientos. Asi turbada su alma por los acontecimientos del dia anterior, se despertó muchas veces por sí misma para escuchar á su primo, creyendo haber oido unos suspiros que desde la vijilia se habian grabado en su corazon. Ya le veia espirar de pesadumbre, ya le soñaba morir de hambre. Mas por la mañana oyó de veras una terrible exclamacion: vistióse al momento y voló lijera con la escasa luz del alba al cuarto de Carlos, cuya puerta estaba abierta. La vela habia quemado la boca del candelero. Su primo, vencido por la naturaleza se habia quedado dormido, sentado en un sillón, y reclinado sobre la cama. Soñaba como sueña el que tiene el estómago vacío. Eugenia pudo llorar á su sabor y admirar aquel rostro juvenil y hermoso, petrificado por el dolor, aque-

llos ojos hinchados por las lágrimas, y que aun durmiendo parecian verterlas todavia. Carlos adivinó simpáticamente la presencia de Eugenia, y abriendo los ojos, la vió enternecida.

— Perdon, querida prima, dijo, no sabiendo sin duda ni que hora era, ni en que lugar se hallaba.

— Hay corazones que le sienten á V., Carlos, y hemos creido que tendría V. necesidad de alguna cosa. En esta postura se fatiga V. ¿ Por que no se acuesta!

— Es verdad.

— Entonces, adios.

Eugenia se salió ruborosa y contenta de haber visitado á su primo. Solamente la inocencia tiene tales audacias. La virtud instruida calcula lo mismo que el vicio. La misma jóven que no habia temblado cerca de Carlos pudo apenas tenerse en pié cuando estuvo fuera del cuarto.

Su vida de ignorancia habia cesado de improviso, razonó y se hizo mil cargos.

— ¡ Que idea va á formar de mi! Creerá que le amo!....

Y esto era precisamente lo que ella deseaba mas. El amor sincero tiene sus presentimientos y sabe que amor con amor se escita. ¿ Para una doncella solitaria podia haber acontecimiento mas extraordinario que el haberse introducido furtivamente en el cuarto de un jóven? Hay en el amor pensamientos

y acciones que equivalen para ciertas almas á santos esponsales.

Una hora despues, entróse en el cuarto de su madre y la vistió, segun costumbre. Luego fueron á sentarse enfrente de la ventana, y esperaron á M. Grandet con aquella ansiedad que hiela el corazon ó le abochorna, le comprime ó le dilata, segun los caracteres, cuando se teme una escena, ó un punible desenlace; sentimiento por otra parte tan natural, que los animales domésticos lo experimentan á punto de gritar por la débil sensacion de una correccion, aquellos mismos que se callan cuando se les ha herido inadvertidamente. Al fin bajó M. Grandet, habló á su mujer con aire distraido, abrazó á Eugenia, y sentóse en la mesa, sin acordarse al parecer de las amenazas de la noche anterior.

— ¿Qué hace mi sobrino? Muy poco molesto está el pobre chico.

— Duerme, amo mio, respondió Mariana.

— Mejor; así no tendrá necesidad de luz, dijo el avaro con un tono chocarrero.

Aquella clemencia insólita, aquella amarga alegría llamó la atencion á madama Grandet, que no pudo ménos de clavar los ojos en su marido y examinarlo muy detenidamente.

El avaro tomó su sombrero, y sus guantes, y dijo al marcharse: — Voime á dar cuatro vueltas por la plaza para ver si encuentro á nuestros amigos los Cruchot.

— Eugenia, tu padre tiene algun proyecto entre manos.

Efectivamente M. Grandet, poco dormidor, empleaba la mitad de las noches en cálculos preliminares, que daban á sus miras, á sus observaciones, á sus planes, aquella admirable exactitud y precision, y le aseguraban aquella constante salida, aquel acierto que eran la admiracion de los habitantes de Saumur. Todo poder humano es un compuesto de paciencia y de tiempo. Los poderosos y rícos quieren y velan. De manera que la vida del avaro es un constante ejercicio de la pujanza humana puesta al servicio de la *personalidad*, que en efecto no se apoya mas que en dos sentimientos: el amor propio y el interés. Mas, siendo el interés el mismo amor propio sólido y bien entendido, ó el convencimiento continuo de una superioridad real, son dos partes de un mismo todo, *el egoismo*. De aqui dimana tal vez aquella excesiva curiosidad que escitan los avaros hábilmente puestos en escena, llamando la espectacion de los ánimos de los observadores. Se adaptan á todos los sentimientos humanos, porque participan de todos. ¿Como hallar un hombre sin deseos? y qué deseo social podrá satisfacerse sin el oro?

Realmente M. Grandet proyectaba algo, segun la expresion de su mujer. Hallábase en él, como en todos los avaros, un persistente deseo de jugar una partida con los demas hombres, y ganarles legalmen-

te sus intereses. Imponer á otro ; no es acaso hacer uso del poder, y abrogarse de continuo el derecho de despreciar à aquellos que demasiado débiles ; se dejan vilmente cobijar ? Oh ! quien ha comprendido jamas al cordero echado humildemente à los pies de Dios , emblema el mas interesante de todas las víctimas de la tierra , emblema de la vida humana, el *Sufrimiento* en fin y la *Debilidad* glorificadas ? El avaro deja à este cordero engordarse , lo aprisca, lo mata , lo come y lo desprecia. El pasto de los avaros es el oro, y el desden.

Durante la noche las ideas del avaro habian tomado otro rumbo: de ahí su clemencia.

Habia urdido un plan para mofarse de los Parisienses , para retortijarlos , arrollarlos , amasarlos , hacerlos , ir y volver , sudar , consumirse , palidecer , sufrir , y hacer de ellos su juguete: él , viejo tonelero , en el fondo de su sala pálida , subiendo la carcomida escalera de su casa de Saumur. Su sobrino le habia ocupado. Quería salvar el honor de su difunto hermano , sin costarle un sueldo ni à él ni á su sobrino. Sus fondos iban á ser emplazados por tres años y como no debía ya administrar mas sus bienes , era menester un alimento á su actividad maliciosa ; por entónces lo habia encontrado en la bancarrota de su hermano. No teniendo entre manos algo que estrujar , quería machacar à los Parisienses en provecho de Carlos , y mostrarse escelente hermano á buen

precio. El honor de la familia entraba por tan poca cosa en su plan , que podría compararse su buena voluntad al deseo que experimentan los jugadores de ver jugar una partida , en la cual no les va interés alguno. Los Cruchot le eran necesarios , no quería irles á buscar , y habia decidido hacerles venir á su casa , y empezar aquella misma noche una comedia cuyo *escenario* habia ordenado , á fin de ser el dia siguiente , sin costarle un cuarto , el objeto de la admiracion de *su villa*.